



El «Padre nuestro» (Mt 6,9-13): significado y valor

Pedro Mendoza, L.C.

En el discurso de la montaña (DM) (Mt 5–7)¹ dos son los textos más densos: el de las bienaventuranzas (Mt 5,3-10)² y el de la oración del «Padre Nuestro» (PN) (Mt 6,9-13). La oración del PN representa el corazón del DM, pues toda la enseñanza de Jesús en este discurso gira en torno a Dios como Padre de los hombres y, por consecuencia, al modo correcto de relacionarnos con Él y con los demás, hijos suyos y hermanos nuestros³. En la oración del PD encontramos la síntesis de esta

¹ El DM es el primero de los cinco discursos en los que Mt recoge la «enseñanza» de Jesús, a modo de un Pentateuco cristiano. Al DM siguen otros cuatro: discurso misionero a los doce discípulos (Mt 9,35-11,1); discurso de las parábolas (Mt 13,1-53); discurso comunitario (Mt 18,1-35) y discurso escatológico (Mt 23–25). Precede a los discursos un breve pasaje que contiene el programa fundamental y la síntesis del mensaje de Jesús y que funge de umbral a su vida pública: «Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: “Convertíos, porque el Reino de los cielos ha llegado”» (Mt 4,17). La frase bipartita está compuesta, primero, de un imperativo: «convertíos» y, segundo, de un enunciado: «el Reino de los cielos ha llegado». El segundo elemento expresa el motivo, la razón del imperativo y de la llamada a la conversión. En este versículo encontramos la entera estructura fundamental del anuncio de la predicación de Jesús, integrada por dos elementos: el primero, en indicativo, recoge la constatación de lo que Dios ha hecho: el Reino de los cielos ha llegado, está cercano, porque Dios lo ha hecho cercano. Esta es la «buena noticia». El segundo elemento, en imperativo, señala cómo este obrar de Dios debe ser acogido por parte de los hombres: «convertíos».

² Las bienaventuranzas manifiestan la misma estructura del versículo programático, Mt 4,17: por una parte, hablan de lo que Dios hace y, por otra, de lo que los hombres deben hacer.

³ «La oración dominical es la más perfecta de las oraciones [...] En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo.

enseñanza y de todo el Evangelio⁴. En efecto, en un primer momento, el orante, que ha reconocido a Dios como Padre, le presenta tres peticiones para vivir la relación correcta con Él en tres diversos aspectos: su santidad, su Reino, su voluntad; en un segundo momento, vuelve su mirada a sí mismo y a los demás para pedir a Dios que le conceda lo necesario para vivir la relación correcta de sí mismo con las realidades materiales (el pan), con el prójimo (las deudas y el perdón que brota de la caridad) y ante las situaciones de peligro (la tentación y el maligno).

En el desarrollo de nuestro estudio consideramos conveniente partir presentando el contexto inmediato en que se encuentra la oración del PN y la introducción a la misma, para recoger las connotaciones que brotan de ambos. Después, por medio de una lectura más atenta, profundizamos en el significado de cada una de las peticiones del texto del PN, buscando finalmente descubrir el valor de la misma.

La etapa preliminar nos coloca ante el contexto inmediato de la oración del PN (Mt 6,1-18) y la introducción a la misma (Mt 6,7-8).

1. Contexto inmediato e introducción a la oración del PN

- Contexto inmediato

Mt 6,1-18 habla de la relación con Dios (antes se ha hablado de la relación con el prójimo: Mt 5,21-48). El cap. 6 inicia ofreciendo un principio general en el que se menciona de nuevo la «justicia», término que sirve para indicar el correcto actuar del hombre ante el prójimo y ante Dios: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial» (Mt 6,1); después vienen indicadas las tres obras principales de devoción en relación con Dios en el mundo judío (cf. Tb 12,8): la limosna (Mt 6,2-4), la oración (Mt 6,5-6) y el ayuno (Mt 6,16-18). Por tanto, el pasaje está compuesto de tres sentencias

De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también llena toda nuestra afectividad» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 83, a. 9 = Ed. Leon. 9, 201).

⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 2761.

muy similares en su construcción⁵. Dentro del grupo de las tres obras de devoción judía está colocada la oración del PN, ocupando una posición central. Esta posición central y esta acentuación de la oración viene puesta a un más de relieve por el hecho de que ni para la limosna ni para el ayuno, sino sólo para la oración, hay una larga enseñanza desarrollando dicho tema (Mt 6,7-15).

Ahora bien, también el pasaje de Mt 6,7-15 tiene una estructura tripartita: al inicio, una introducción (Mt 6,7-8); después, en la parte central, la oración del PN (Mt 6,9-13); y, al final, una ulterior insistencia sobre el perdón (Mt 6,14-15)⁶. Así la oración del PN adquiere un nuevo relieve.

- *Introducción a la oración del PN (Mt 6,7-8)*

Este pasaje introductorio a la oración del PN señala cómo no comportarse cuando se ora, siguiendo una estructura similar al modo de exponer las tres prácticas de devoción judía (caso, negación del modo incorrecto de actuar y razón de ello: cf. nota 5). En Mt 6,7, viene presentado el caso de la oración («Cuando oréis [...]») e inmediatamente se indica cómo no debe ser, basándose en la comparación de la forma de orar usual a los gentiles, caracterizados como gente que «habla innecesariamente, con muchas palabras» (*battalogóntes*). En Mt 6,8a se exhorta a no asemejarse a los gentiles en su forma de orar. Y en Mt 6,8b se da la razón de ello: el Padre celestial, a quien oramos, conoce todas nuestras necesidades antes de que nosotros se las expresemos. Esta razón es de suma importancia. En efecto, la falta del conocimiento de la actitud de Dios para con quien ora, por una parte, determina el comportamiento (equivocado) de los gentiles cuando oran; y, por otra parte, sirve a Jesús

⁵ La estructura de las tres prácticas es muy similar: se menciona un caso (cuando [...]: Mt 6,2; 6,5; 6,16), luego se dice cómo no actuar («no [...] como [...]»: Mt 6,2; 6,5; 6,16), expresando el contraste («Pero tú [...]»: Mt 6,3; 6,6a; 6,17) y, finalmente, se da la razón del modo correcto de comportarse: «tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará» (Mt 6,4b; 6,6b; 6,18b).

⁶ En estos versículos hay una formulación bipartita (positiva y negativa) de una misma idea: la necesidad del perdón, que corrobora cuanto afirma la quinta petición del PN y exhorta en definitiva a hacer del perdón generoso una norma de vida, conforme a la respuesta de Jesús a Pedro sobre cuántas veces hay que perdonar (cf. Mt 18,21-22).

como justificación para enseñar el modo correcto de orar. Por tanto, la enseñanza de la oración del PN responde inicialmente a un conocimiento equivocado sobre la actitud de Dios ante el orante, creyendo que a Dios le somos ajenos nosotros y nuestras necesidades. De esta creencia equivocada deriva la necesidad de muchas palabras para dirigirse al Dios justo, con los términos adecuados.

2. Significado de la oración del PN

Antes de proceder a explicitar el significado del texto, conviene relevar la estructura de esta oración, en la versión recogida por Mt⁷. La oración del PN está compuesta de «dos partes» distintas claramente por el uso de adjetivos y pronombres (tuyo – nosotros, nuestro) y que contienen tres peticiones cada una con relación a: nombre, Reino, voluntad – pan, ofensa, nosotros. Estas dos partes están precedidas por una «invocación» en donde aparece a quién está dirigida la oración.

a) La «invocación» de la oración del PN: «Padre nuestro, que estás en los cielos» (Mt 6,9b)

La «invocación» expresada con las palabras: «Padre nuestro, que estás en los cielos» (Mt 6,9b) contiene tres elementos. El primero señala al destinatario de toda la oración, el «Padre», luego lo determina como «nuestro» y luego lo especifica: «que estás en los cielos».

⁷ Una mirada comparativa de la versión mateana del PN con la lucana (Lc11,2-4) ofrece tres diferencias considerables: (1) con respecto a la «invocación», a diferencia de Mt, Lc presenta sólo una palabra «Padre»; (2) con respecto a la primera parte, de las tres peticiones de Mt en Lc se encuentran sólo las dos primeras (falta la tercera que se refiere a la voluntad de Dios); (3) con respecto a la sexta (y última) petición del PN en Mt, en Lc no existe el paralelismo antitético de esta petición mateana (6,13: «no nos dejes entrar en la tentación, mas líbranos del mal»), pues Lc tan solo recoge la parte negativa: «no nos dejes caer en la tentación» (Lc11,4b) y no la parte positiva («mas líbranos del mal»). Otro aspecto distintivo de Lc es el contexto en que coloca la oración del PN: viene como la respuesta a una petición de los discípulos que piden a Jesús dar una enseñanza sobre la oración. Esta petición es causada por el hecho de que ellos han visto a Jesús orar. El contexto diverso en la oración del PN en Mt ha sido expuesto anteriormente.

La invocación «Padre»⁸ recurre en Mt en tres ocasiones, siempre en boca de Jesús: al inicio de una oración suya de alabanza, agradecimiento y glorificación: «En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños”» (Mt 11,25); otras dos veces aparece bajo la forma «Padre mío» en la oración de Jesús en Getsemaní (cf. Mt 25,39 y 26,42). Con este uso de la invocación Jesús enseña a sus oyentes que en ella se expresa el modo de orar suyo⁹.

La forma «*abbá*», recogida en Mc 14,36, conserva la forma normal para decir «padre» utilizada por los niños pequeños. El uso de esta forma connota un carácter familiar, cordial, confiado, propio de un niño para con su padre. Jesús usa esta forma de hablar del niño para dirigirse a Dios, su Padre: «si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18,3). Este «*abbá*» es típico de la oración de Jesús y no se encuentra en las oraciones judías. El carácter especial de este modo de dirigirse a Dios fue sentido y reconocido profundamente por los primeros cristianos como algo importante y especial. Así queda reflejado en dos textos paulinos. En Rm 8,15b: «recibisteis un espíritu de filiación en el que gritamos: “*Abbá, Padre*”». Pablo se dirige en esta carta a los romanos y les repite esta expresión aramea, que remite al modo típico de Jesús de orar o de concebir y ver a Dios su Padre y la comunica a sus discípulos. Encontramos la misma expresión en Gal 4,6b: «Dios envió el espíritu de su Hijo en vuestros corazones,

⁸ Los datos estadísticos respecto al uso de la palabra «*Pátēr*, Padre» en Mt indican que es usada 64 veces (cf. R. MORGENTHALER, *Statistik des neutestamentlichen Wortschatzes*, Gotthelf-Verlags, Zürich B Frankfurt am M. 1958, 214). De las 64 veces, 44 veces en boca de Jesús: 23 veces Jesús habla de Dios como «su» Padre y 21 veces como «Padre de los hombres». De estas 21 veces, 16 veces aparecen en el DM, presentando así el DM como enseñanza de «Dios, Padre de los hombres». Si bien el texto de la «invocación» de Jesús a su Padre en la oración del PN, presenta el vocablo griego «*Pátēr*, Padre», y no el vocablo arameo «*Abbá*, Padre», está claro que Jesús dirigiéndose a sus discípulos en arameo habría usado la forma «*Abbá*, Padre». Por tanto este modo de concebir y ver a Dios su Padre es algo típico de Jesús mismo. «*Abbá*» es la expresión más corta, más concentrada enseñada y comunicada a sus oyentes. No se trata simplemente de una palabra, sino de una relación real.

⁹ Igualmente en los otros evangelios: en Getsemaní Jesús se dirige a Dios diciendo: «*Abbá*, Padre» (Mc 14,36); Jesús se dirige siempre a Dios con la advocación «Padre» (Jn 11,41; 12,27-28; 17,1.5.11.21.24.25). Por tanto, tal uso refleja su modo típico de orar.

el cual (espíritu) clama: «*Abbá, Padre*»». Igualmente, en Gal 4,7 Pablo expresa este hecho: «así que no eres esclavo sino hijo y, si hijo, también heredero». La relación filial con Dios incluye, por tanto, el ser «heredero», es decir, participar en la propiedad de Dios (nuestro Padre). Y el ser heredero en Mt 25,34 se indica como: «[...] heredad el Reino que os ha sido preparado [...]». Pablo, cuando expresa la invocación «*Abbá*», usa siempre el verbo «gritar con voz fuerte» (cf. Rm 4,15; Gal 4,6). En este gritar se refleja la actitud de los niños que gritando manifiestan el entusiasmo y la confianza de esta relación con su padre.

Mateo recurre al uso del posesivo plural para especificar al «Padre» con respecto a los hombres¹⁰. Esto prueba que, cuando Jesús habla de Dios como Padre de los hombres, este Dios no es visto en una concepción individualista, egoísta, sino comunitaria. Él es «Padre nuestro». Desde el punto de vista de Dios significa que todos los hombres son sus hijos. Esta actitud de Dios con respecto a todos los hombres es la base más sólida y profunda de la dignidad e igualdad de todos los hombres. Por tanto, «Padre nuestro» no expresa sólo la relación filial de Jesús con Dios su Padre, sino también la de los hijos, hombres, con su Padre Dios.

El uso de la expresión «que estás en los cielos» o de la equivalente «celestial» para especificar al «Padre»¹¹ corresponde al modo de orar de Jesús. En Mt 11,25 Jesús dice: «[...] Señor del cielo y de la tierra». Así por una parte «*Abbá, Padre*» expresa este aspecto de Dios que es muy cercano al hombre y al cual podemos acercarnos con la confianza y la espontaneidad de un niño. Y, por otra parte, este «Padre» es el Señor del universo, es el Creador todopoderoso. La precisión «que estás en los cielos» establece también una conexión con la otra expresión tan importante en el evangelio de Mt: «el Reino de los cielos»¹². Estos dos

¹⁰ Mt especifica al «Padre» con el posesivo con respecto a los hombres en cuatro expresiones diversas: «Padre de él» (Mt 6,4.6.18); «Padre nuestro» (Mt 6,9), «Padre de ellos» (Mt 13,43); «Padre vuestro» (14 veces: cf. Mt 5,45.48; 6,1.8.14.15.26.32; 7,11; etc.). Se constata la forma predominante plural del posesivo: de 21 veces, 16 veces está en plural.

¹¹ De las 44 veces que en Mt Jesús habla de Dios como Padre en 20 de ellas añade una precisión en dos formas: «que estás en los cielos» (13 veces: cf. Mt 5,16.45; 6,1.9; 7,11.21; etc.) y «celestial» (7 veces: cf. Mt 5,48; 6,14.26.32; etc.).

¹² La expresión «Reino de los cielos» es usada 32 veces en el evangelio de Mateo: cf. 3,2; 4,17; 5,3.10.19.20; etc.

términos están relacionados entre sí. Así la síntesis de los dos términos aparece en esta otra expresión: «Reino del Padre»¹³.

Por tanto, en la «invocación» de la oración del PN, se retoma tanto el ejemplo de Jesús que ora de este modo, como toda su enseñanza sobre Dios Padre. Con esas palabras exclamativas iniciales: «Padre nuestro, que estás en los cielos», el orante confiesa la bondad indiscriminada y la perfección del Padre. En Mt 6,8 y 6,32, Jesús subraya que este Padre es tan cercano, interesado e informado, que sabe todas las necesidades de los suyos antes de cualquier petición. Luego, en Mt 18,10-14, Jesús habla de la voluntad salvífica del Padre, especialmente interesado en los pequeños, en las personas insignificantes. Más adelante, en Mt 23,9, Jesús dice: «No llaméis a nadie sobre la tierra “Padre”, porque tenéis un único Padre que está en los cielos». Por eso decimos: «y siguiendo su divina enseñanza nos atrevemos a decir»¹⁴, indicando que se requiere esta autorización del Hijo para decir esta oración.

*b) Las primeras tres peticiones de la oración del PN (Mt 6,9b-10)*¹⁵

- Primera petición: «sea santificado tu nombre» (Mt 6,9b)

Considerando el uso y significado de los términos «sea santificado» y «nombre»¹⁶, veamos cuál es el significado de esta petición. La

¹³ Mt se refiere a ello 2 veces: en Mt 13,43: «Los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre»; y en Mt 26,29: «[...] no beberé del fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre».

¹⁴ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Misal Romano*, Libros Litúrgicos, Madrid 2016, 567.

¹⁵ Son las peticiones distinguidas por el posesivo «tuyo». Su estructura común consta de estos elementos: al comienzo, forma verbal de imperativo, seguida del artículo más el sustantivo y finalmente el posesivo «tuyo» (referido al «Padre»). Este «tuyo» es el único elemento totalmente idéntico en todas las peticiones; se encuentra siempre en posición final y así queda subrayado. A la tercera petición se añade «como en el cielo también sobre la tierra».

¹⁶ El verbo griego *hagiasétō* (sea santificado) es relativamente raro (usado 3 veces por Mt, ninguna por Lc, 1 por Mc y 4 por Jn: cf. R. MORGENTHALER, *Statistik des neutestamentlichen Wortschatzes*, Gotthelf-Verlags, Zürich B Frankfurt am M. 1958, 130). Su significado es santificar, hacer santo, es decir, poner en conexión con Dios porque Él es el santo. El adjetivo correspondiente es *hágios* (santo) que es usado 10 veces por Mt, 7 veces por Mc, 20 por Lc y 5 por Jn: cf. *Ibid.*, 130). «Santo» es Dios y lo que proviene de Dios y pertenece a Dios. *Ónoma* (nombre, que es usado 22 veces por Mt, 15 por Mc, 34 por Lc y 25 por Jn). El «nombre» es lo que es conocido de

forma verbal «sea santificado» es la pasiva, que con frecuencia significa «pasiva teológica»¹⁷, donde el sujeto es Dios mismo. Por tanto, en esta petición aquel a quien se pide actuar es Dios. De este modo, «sea santificado tu nombre» significa «santifica tu nombre», y por lo mismo, «haz que tu nombre (es decir, lo que se conoce sobre ti, lo que has revelado sobre ti y que es expresado y pronunciado) responda perfectamente a tu santidad» (es decir, a la santidad de Dios que es su más íntima realidad, su naturaleza). Por tanto, esta petición implora la plena y perfecta revelación de Dios: que Él se revele total y plenamente; pide la superación de las más grandes tentaciones de los hombres: que Dios se esconda, que haya muchas dudas con respecto a Dios, que Dios sea negado por tantos acontecimientos y experiencias de este mundo. En definitiva, esta petición implora que la revelación de Dios sea de tal modo que no haya ningún escondimiento, ni ninguna duda ni negación; por el contrario, pide que Dios sea totalmente conocido.

Pero, ¿cómo ocurre esta revelación de Dios? Se realizará a través de la obra misma de Dios especialmente mediante el cumplimiento escatológico, luego mediante la venida y la actividad del Hijo de Dios, Jesús. En Mt 11,25-30 Jesús agradece al Padre porque ha escondido estas cosas a los poderosos y lo ha revelado a los pequeños: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y [...]» (Mt 11,27). Pero esta revelación de Dios también ocurre mediante nuestro comportamiento: cuando nos comportamos correctamente como hijos con respecto al Padre y conducimos así a los demás a glorificar al Padre (cf. Mt 5,16; 5,44-48)¹⁸.

una persona y, a causa del conocimiento, eso puede ser expresado, pronunciado. «Nombre» hace referencia a conocimiento, y respecto a Dios hace referencia a revelación. El nombre de Dios es lo que ha sido revelado sobre Dios. Respecto al uso del nombre de Dios en Mt aparece 4 veces. Aparece en Mt 21,9 y 23,39: «Bendito el que viene en nombre del Señor». En la instrucción final que Jesús resucitado da a sus discípulos les dice: ««Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»» (Mt 28,19). Este texto como el de Mt 6,9 se encuentran en instrucciones de Jesús y viene después de un imperativo.

¹⁷ Cf. M. ZERWICK, *Graecitas Biblica*, PIB, Romae 1966⁵, § 179.

¹⁸ «Cuando decimos «santificado sea tu Nombre», pedimos que sea santificado en nosotros que estamos en él, pero también en los otros a los que la gracia de Dios espera todavía para conformarnos al precepto que nos obliga a orar por todos, incluso por nuestros enemigos. He ahí por qué no decimos expresamente: Santificado sea tu Nombre «en nosotros», porque pedimos que lo sea en todos los hombres» (TERTULIANO, *De oratione*, III 4 = PL I 1157).

En conclusión, «sea santificado tu nombre» significa sea revelada tu realidad, así como eres tú. Ez 36,23 es uno de los textos del Antiguo Testamento (AT) donde se habla de la santificación del nombre de Dios: «Yo santificaré mi gran nombre profanado entre las naciones, que profanasteis en medio de ellas. Y las naciones sabrán que yo soy Yahveh – oráculo del Señor Yahveh – cuando yo, por medio de vosotros, manifieste mi santidad a la vista de ellos».

- *Segunda petición: «Venga tu Reino» (Mt 6,10a)*

El uso y significado de los términos «venga» y «Reino», en esta petición, revela que el verbo *elthetō* (venga) como el otro verbo *ēggiken* (ha llegado)¹⁹ son utilizados por Mateo en conexión con el Reino de Dios: para implorar su llegada o manifestar esta realidad. Pero, ¿qué significa «Reino de los cielos»? En primer lugar, con el término «Reino»²⁰ no se indica el dominio de tipo territorial, sino el «poder real» (perteneciente al rey). El término «Reino» casi no aparece en el AT, más bien aparece la forma verbal «reinar». Así en Ez 15,18 se afirma: «el Señor reina», esto es: el Señor Dios es Rey, el Señor ejerce su poder real. En segundo lugar, el término «Reino» debe ser tomado como un término relacional. A diferencia, por ejemplo, del término «omnipotente», que es un término abstracto, el término «Reino» implica y contiene la «relación» a un pueblo. Un rey es siempre rey de un pueblo. Por tanto la expresión

¹⁹ *Elthetō* (venga) tu Reino (de Dios) es un verbo imperativo (del verbo *ērchomai*). En otros pasajes Mateo recurre a otro verbo (*ēggiken*, ha llegado) para indicar la llegada del Reino de Dios (o Reino de los cielos): *ēggiken hē basileia tōn ouranōn* (cf. Mt 3,2; 4,17; 10,7: en estos pasajes con estas palabras viene sintetizado el anuncio de Juan Bautista, Jesús y los Apóstoles). En Mt 12,28 dice: «Ha llegado a vosotros el Reino de Dios». Esto no significa que el Reino de Dios está totalmente presente sino que son alcanzados, tocados por este Reino. Más adelante, en Mt 16,28 afirma: «hay algunos entre los presentes que no morirán hasta que no verán al Hijo del Hombre venir en su Reino». No se habla directamente de la venida del Reino sino de la venida del Hijo del hombre en su Reino. Finalmente, en Mt 24,29-31 y 25,31-46 se ratifica que con la venida del Hijo de Dios está vinculada la venida del Reino de Dios.

²⁰ *Basileia* recurre en Mt 55 veces (cf. R. MORGENTHALER, *Statistik des neutestamentlichen Wortschatzes*, Gotthelf-Verlags, Zürich B Frankfurt am M. 1958, 82), de estas 47 veces se trata del «Reino de Dios» o «Reino de los cielos» en diversas expresiones y es siempre Jesús quien habla de este Reino. Jesús es el anunciador de este Reino y el Reino es el contenido principal de su anuncio. De ello debemos tener cuenta si queremos comprender esta petición.

«Reino de los cielos»²¹ y, por lo mismo, «Reino de Dios» es, por una parte, el poder real de Dios con relación a su pueblo. Es poder, pero un poder ejercido a la manera de un pastor²². Es posible, por otra parte, que la expresión «Reino de los cielos» haga referencia en manera más fuerte al carácter escatológico del «Reino de Dios», señalando que este Reino no es terrestre, de este mundo, sino que es un Reino escatológico, que ha comenzado ya en este mundo pero cuyo cumplimiento definitivo llegará al final de los tiempos.

El «Reino de los cielos» es anunciado por Jesús. Pero Él no sólo lo anuncia, sino que enseña también a sus discípulos y oyentes a, no solamente oír y creer en su anuncio, sino a apropiarse de este anuncio, incluso en esta forma de la petición del PN. De este modo la petición «venga tu Reino», por una parte, constituye la escucha más intensa de la enseñanza de Jesús. Por otra parte, «venga tu Reino» es la expresión más auténtica de la fe en el mensaje de Jesús y el reconocimiento de su obra. Como la primera petición del PN: «sea santificado tu nombre» pide la revelación de Dios, así esta segunda: «venga tu Reino» pide la plena realización de la potencia real de Dios, de su dominio como pastor de su pueblo. Y, como en la primera se implora la superación de todas las dudas, escondimientos, experiencias contrarias, así aquí se pide la superación de las potencias contrarias a Dios, para que su dominio real (de pastor) se extienda sobre toda creatura. Ahora bien, como muestra la tercera petición del PN, la condición para entrar en el «Reino de los cielos» y participar en el mismo es el «cumplimiento de la voluntad de Dios»: «No todo el que dice “Señor, Señor” [...] sino quien pone en obra la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7,21). Por último, la posesión del «Reino de los cielos» es afirmada como realizada ya, de alguna manera, para los pobres de espíritu: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,3).

²¹ El término «de los cielos» (*ouranós*) es, según el modo de expresarse en tiempos de Jesús, una forma para referirse a Dios, evitando usar el nombre sagrado de Dios: Yahveh. Del mismo modo, para referirse a Dios sin mencionar su nombre, se recurre al término «poder» (*dýnamis*) (cf. Lc1,35: «[...] te cubrirá el poder (*dýnamis*) de lo alto»). Así se habla de Dios haciendo referencia a las cualidades de Dios o al ámbito donde Dios se encuentra.

²² Del mismo modo recitan el Sal 22: «El Señor es mi pastor [...]»; Ez 34: discurso de los pastores de Israel y de Dios, como pastor de su pueblo, e Is 40,10: «Ahí viene el Señor Yahveh con poder, y su brazo lo sojuzga todo. Ved que su salario le acompaña, y su paga le precede».

Ciertamente no gozan ya de la fruición plena de este Reino, que tendrá lugar con la parusía. Tras el juicio final, los hijos tomarán posesión del Reino que ya les pertenece (cf. Mt 25,34).

- *Tercera petición: «hágase tu voluntad, como en el cielo también sobre la tierra» (Mt 6,10b)*

El elemento central de esta petición es la «voluntad» (de Dios)²³. Reflexionando sobre el significado de esta petición, se destaca una primera nota. Nos encontramos ante una petición que el mismo Jesús expresa en su oración personal: «Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: “Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad”» (Mt 26,42). En la segunda vez que Jesús ora al Padre en Getsemaní aparece una idéntica expresión a la del PN. En Mt 26,42 «la voluntad del Padre» es el cáliz que Jesús pide que pase, pero expresa su plena aceptación de la voluntad de Dios. La voluntad de Dios concretamente significa para Jesús la suerte dolorosa de la pasión y muerte violenta. Un análisis de los tres pasajes en que recurre esta expresión en Mateo, además de la petición del PN, permite distinguir dos aspectos con relación a «la voluntad de Dios»: por una parte está la aceptación de la voluntad de Dios (cf. Mt 26,39-42), como poco antes quedó ilustrado por el ejemplo de Cristo; y, por otra parte, la realización de la voluntad de Dios (cf. Mt 7,21; 12,50). Sobre la realización de la voluntad de Dios, sirve de ejemplo el pasaje de Mt 7,21: «No todo el que dice “Señor, Señor” [...] sino quien pone en obra la voluntad de mi Padre que está en los cielos». Aquí se indica la condición fundamental para entrar en el Reino de los cielos: poner en obra la voluntad del Padre. Pero el pasaje de Mt 12,50 es todavía más explícito en afirmarlo: «Todo el que pone en obra la voluntad de mi Padre en los cielos es mi hermano, mi hermana y mi madre». Por tanto, condición fundamental para la comunión con Jesús es poner en obra la voluntad del Padre, que llega a ser norma del obrar.

²³ El término utilizado para referirse al querer de Dios es *thélēma* (voluntad): es usado 6 veces por Mt, 1 vez por Mc, 4 veces por Lc y 11 veces por Jn (cf. R. MORGENTHALER, *Statistik des neutestamentlichen Wortschatzes*, Gotthelf-Verlags, Zürich B Frankfurt am M. 1958, 105). En los seis pasajes cuando Mt habla de la voluntad de Dios se trata de la voluntad del Padre.

«Hágase tu voluntad» incluye el deseo de que Dios nos ayude a poner en obra la voluntad del Padre. Otros textos de Mt presentan la voluntad del Padre como voluntad salvífica, como voluntad misericordiosa. Así Mt 18,14: «No es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños». Y también Mt 9,13 y 12,7 expresan lo mismo: «Misericordia quiero y no sacrificio» (citando al profeta Os 6,6). La voluntad de Dios está interesada en la misericordia y según esa voluntad actúa Jesús²⁴.

Al final de la tercera petición aparece esta adición: «como en el cielo también sobre la tierra». Se supone que en el cielo la voluntad de Dios sea cumplida perfectamente. Este estado es deseado también sobre la tierra donde hay tantas oposiciones o rebeliones contra la voluntad de Dios. Esta adición está directamente relacionada con la tercera petición de la oración del PN, pero podría unirse también a las dos peticiones anteriores. La revelación de Dios es perfectamente realizada en el cielo, la llegada de este Reino de Dios es realizado ya en el cielo, y en el cielo la voluntad de Dios es puesta en obra perfectamente. Del mismo modo se implora que la tierra también sea alcanzada por estas realidades: la revelación de Dios, el dominio real de Dios y la voluntad de Dios.

²⁴ *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 2824: «En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: “He aquí que yo vengo [...] oh Dios, a hacer tu voluntad” (Hb 10,7; Sal 40,8-9). Sólo Jesús puede decir: “Yo hago siempre lo que le agrada a Él” (Jn 8,29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22,42; cf. Jn 4,34; 5,30; 6,38). He aquí por qué Jesús “se entregó a sí mismo por nuestros pecados [...] según la voluntad de Dios” (Gal 1,4). “Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10,10)».

c) *Las otras tres peticiones de la oración del PN (Mt 6,11-13)*²⁵

- *Cuarta petición: «el pan nuestro de cada día danos hoy» (Mt 6,11)*

A la luz del uso y significado de los términos «danos», «hoy», «pan» y «cada día»²⁶, podemos ofrecer la siguiente interpretación. Por medio de esta petición, se solicita el pan que necesitamos para esta jornada, el pan del que depende nuestra vida para este día. De este modo la petición aparece caracterizada por las restricciones: se pide «hoy», el pan «nuestro», «para la vida de hoy». Por tanto, se pide sólo pan, sólo el pan necesario y sólo hoy.

Esta petición corresponde a la perfecta enseñanza de Jesús. Así resulta en Mt 6,18-34 cuando dice: «No os preocupéis por el mañana»; como también en Mt 7,7-11 donde habla de un Dios bondadoso que está dispuesto a dar cosas buenas a sus hijos.

²⁵ En estas peticiones la estructura es menos unitaria que en las tres peticiones anteriores. El único elemento común entre todas ellas es el verbo en imperativo: «danos», «perdona», «no nos dejes entrar» y «líbranos». Las peticiones de esta segunda parte siguen dirigidas siempre al «Padre nuestro». En las tres primeras el elemento común se manifestaba de forma más clara con el uso del posesivo «tuyo». Estas otras tres peticiones tienen en común el uso de la segunda persona singular en los verbos. En la cuarta (Mt6,11) y quinta petición (Mt6,12) tenemos una estructura similar: hay un objeto directo «pan nuestro», «nuestras deudas» y aquellos que oran están presentes como objeto indirecto «a nosotros». Se trata de una realidad que pertenece a aquellos que rezan y en favor de ellos. Luego, hay una oposición: en Mt6,11, a Dios se le pide «dar» y, en Mt6,12, «quitar». Finalmente, en la sexta petición (Mt6,13) hay un perfecto paralelismo entre las dos partes de la petición: a un imperativo negado en la primera parte, sigue en la segunda parte lo mismo en forma positiva.

²⁶ En esta petición el objeto directo se antepone: *Tòn árton hēmōn tòn epióúision* (el pan nuestro cotidiano), luego sigue el verbo con una determinación adverbial: *sēmeron* (hoy). El objeto solicitado es el «pan», que es el alimento por antonomasia (cf. Mt15,2.26; 16,5). Este pan solicitado es ante todo caracterizado como «nuestro» pan. Existe, pues, un aspecto comunitario, pero también podemos ver en este «nuestro» el elemento del «pan», del cual dependemos para nuestra existencia. Este pan viene especificado con *tòn epióúision*, cuya interpretación más acertada es: «de cada día», «cotidiano». *Tòn epióúision* es el único adjetivo de la oración del PN (y es un *hapax legomenon* en la biblia griega), de no fácil interpretación. Las diversas interpretaciones dependen de la etimología propuesta de la palabra *epioúsios*, según derive del verbo *eimí* (ser) o *eĩmĩ* (ir): cf. M. DUMAIS, *Il Discorso della Montagna. Stato della ricerca, interpretazione, bibliografia*, PTB 9, Elle Di Ci, Torino 1999, 311-316.

- *Quinta petición: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros las hemos perdonado a nuestros deudores» (Mt 6,12)*

Considerando el uso y significado de los términos «perdona», «deudas» y «deudores»²⁷, explicitemos qué significa esta petición. Esta petición nos coloca como deudores con respecto a Dios. A Dios como acreedor se solicita perdonar, condonar, suprimir el préstamo y liberarnos de la obligación de pagar. Pero luego, en la segunda parte, nos coloca como acreedores con respecto a los cuales otros son deudores nuestros. Jesús nos enseña a decir en esta petición: hemos condonado las deudas a nuestros deudores.

La ilustración más clara para comprender el significado de esta petición la encontramos en Mt 18,23-35: la parábola del rey que condona una grandísima deuda a un siervo suyo, y luego este siervo no está dispuesto a condonar una deuda mucho más pequeña a un consiervo suyo. En esta parábola aparece otro término: «pagar» (*apodídōmi*), que es el contrario del «perdonar» (*afiēmi*) usado en la oración del PN. La relación entre esta parábola y la quinta petición del PN es clara. Mt 18,33 afirma: estás obligado a tener misericordia con tu compañero como yo tuve misericordia contigo. Pero hay una diferencia entre ambas: en la parábola se presenta primero la misericordia del rey y el siervo debe seguir su ejemplo. En cambio en la oración del PN la relación es invertida: se pide a Dios perdonar nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Además, en la sexta petición, la relación no es de siervo – consiervo, sino de hermano – hermano. Por tanto, un hermano está obligado a hacer mucho más por el otro.

Aunque no aparece en la expresión de la petición, el ejemplo de Jesús sirve de modelo al orante para practicar el perdón sin límites. En

²⁷ Esta petición se caracteriza por esta correspondencia: «Perdona [...] como [...]». En la petición hay dos términos dominantes: *áfes* (quita, perdona): es usado 47 veces por Mt, 34 veces por Mc, 31 veces por Lc y 14 veces por Jn (cf. R. MORGENTHALER, *Statistik des neutestamentlichen Wortschatzes*, Gotthelf-Verlags, Zürich B Frankfurt am M. 1958, 81). El otro término de la petición es *ofeilēmata* (deudas): es usado 1 vez por Mt, y ninguna por los otros evangelistas (cf. *Ibid.*, 127). Esta palabra deriva del verbo *ofeiléō*: tener deudas, ser deudores), significando el haber recibido una suma de dinero como préstamo, una suma que de por sí debe ser pagada. En la base está la relación de acreedor (aquel que ha dado la suma de dinero) y de deudor (aquel que ha recibido el préstamo y que según la justicia está obligado a devolver ese préstamo).

efecto, Jesús toma sobre sí la deuda nuestra (nuestros pecados) y paga por ella con plena generosidad, sin pedir nada a cambio, y estando dispuesto incluso a disculparnos ante su Padre por nuestras deudas para con Él: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 26,34).

- *Sexta petición: «no nos introduzcas en tentación, mas líbranos del mal» (Mt 6,13)*

Esta petición del PN está compuesta y expresada en un paralelismo antitético, primero se dice lo que se solicita a Dios que no haga y luego lo que se implora que sí haga. No son dos exigencias diferentes sino dos elementos complementarios (negativo y positivo) que se explican mutuamente²⁸.

Para entender esta última petición es conveniente ver el paralelismo que tiene con este otro pasaje: «velad para que no entréis (*eisélthete*) en tentación» (Mt 26,41). Tanto este pasaje como el del PN son los dos únicos textos en el evangelio de Mt en que Jesús enseña a los discípulos cómo orar. En la petición del PN dice: «no nos introduzcas en la tentación» (Mt 6,11) y en Mt 26,41: «velad para que no entréis [...]». Hay una diferencia entre «entrar (*eisérchomai*) en la tentación», donde nosotros somos los sujetos, y «no nos introduzcas (*mē eisenégkēs*) en tentación», donde Dios es concebido como sujeto²⁹.

«Entrar en la tentación» ¿qué significa entonces? No significa permanecer fuera de la tentación porque los discípulos, adormilados en el huerto de los Olivos, se encuentran ya en la prueba (ante la tentación): es la pasión de Jesús. El peligro que está delante de sus discípulos es llegar a ser infieles, romper la comunión con Jesús. Por tanto, «no entrar» no significa permanecer fuera de la prueba (o tentación), sino «no caer en la prueba» y, por lo mismo, permanecer firmes y fieles en la prueba.

²⁸ La sexta petición está compuesta de dos elementos divididos por la partícula *allá* (mas). Una indicación para pensar que se trata de una sola petición es que esta segunda parte de la petición no está adicionada con otro *kai* (y), como acontece al inicio de la quinta y sexta petición, sino con un *allá* (mas).

²⁹ Existe otra diferencia entre estos dos pasajes: para determinar el significado de Mt 26,41 tenemos un amplio contexto: el de la relación entre los discípulos y Jesús en su pasión. En cambio, para el texto del PN carecemos de contexto.

Del mismo modo podemos concluir que, en la petición del PN, «no nos introduzcas en tentación» no significa que podemos quedar exentos de las pruebas (o tentaciones), pues llegan inevitablemente. Significa, en cambio, pedir a Dios que no nos «deje entrar» (sucumbir) en ella. Por ello se implora la ayuda poderosa de Dios para superar la prueba (o tentación) y mantener el seguimiento y la comunión con Él. Como Jesús en su lucha en el desierto contra el tentador, el orante siente la invitación de vigilar y orar para «no caer en la tentación» y así poder responder al maligno ante la tentación: «no tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4,7), arrojándolo fuera de la propia vida.

A continuación Mt, en un paralelismo positivo a la primera parte de la sexta petición, añade: «mas líbranos del mal» (Mt 6,13b)³⁰. Mantener la comunión con Jesús es no entrar en comunión con el mal, es decir, el maligno, el diablo o más genéricamente con los males morales de cualquier género. Por eso el orante implora a Dios verse librado de caer en las seducciones del mal (y del maligno).

3. Valor de la oración del PN

El valor de la oración del PN reside en el hecho de que en ella resuena la voz del Hijo orante, quien «vivió» esta oración y no solamente la enseñó a sus discípulos. Veamos algunos de los episodios más representativos de la vida de Cristo donde Él se explaya en oración.

Jesús, El Hijo de Dios también aprendió a orar conforme a su corazón de hombre. De su Madre aprende las fórmulas de oración de su pueblo, haciendo suyas las palabras y los ritmos de oración, practicados en la sinagoga de Nazaret y en el Templo de Jerusalén. Pero su oración se distingue radicalmente: es la oración que brota de un corazón filial, esa oración tan esperada por el Padre y por fin hecha posible por el propio

³⁰ El verbo *rýomai* (librar) aparece frecuentemente en los Salmos como súplica en la dificultad: Sal 7,2; 25,20; 31,2.16; 40,14; 43,1; 59,3; etc. En Mt sólo lo volvemos a hallar en la Pasión, en los labios burlones de los sacerdotes y escribas: «ha puesto su confianza en Dios, ¡que lo libre (*rýomai*) ahora si es que lo quiere» (27,43). El Padre liberará a Jesús no del peligro al que lo han conducido las manos perversas de sus enemigos, pero sí del poder de la muerte mediante la resurrección.

Hijo único en su Humanidad, y que se realizaba con los hombres y en favor de ellos³¹.

La oración ocupa un puesto central en el ministerio de Cristo. Su oración ante los acontecimientos de salvación que el Padre le confía se traduce en una entrega, humilde y confiada, de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre. Así resplandece antes de los momentos decisivos de su misión: antes de que el Padre dé testimonio de Él en su Bautismo (cf. Lc 3,21) y de su Transfiguración (cf. Lc 9,28), y antes de dar cumplimiento con su Pasión al designio de amor del Padre (cf. Lc 22,41-44); ora también ante los momentos decisivos que van a comprometer la misión de sus apóstoles: antes de elegir y de llamar a los Doce (cf. Lc 6,12), antes de que Pedro lo confiese como «el Cristo de Dios» (Lc 9,18-20) y para que la fe del príncipe de los apóstoles no desfallezca ante la tentación (cf. Lc 22,32)³². Su oración se extiende a todos los lugares y tiempos; pero, cuando ora, siente una preferencia por retirarse a un lugar apartado, en la soledad, en la montaña, durante la noche (cf. Mc 1,35; 6,46; Lc 5,16).

De la oración de Jesús durante su ministerio, contamos con dos oraciones más explícitas, que comienzan con una acción de gracias. En la primera (cf. Mt 11,25-27 y Lc 10,21-23), Él confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y los ha revelado a los «pequeños»³³. La segunda oración tiene lugar antes de la resurrección de Lázaro (cf. Jn 11,41-42). En esta ocasión la acción de gracias precede al acontecimiento: «Padre, yo te doy gracias por haberme escuchado», lo que implica que el Padre escucha siempre su súplica; y Jesús añade a continuación: «Yo sabía bien que tú siempre me escuchas», lo que implica que Jesús, por su parte, pide de una manera constante³⁴.

³¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 1599.

³² Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 1600.

³³ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 1603.

³⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 1604.

Antes de su Pasión, durante la última cena con sus discípulos, Jesús eleva una oración “sacerdotal” (cf. Jn 17), que ocupa un lugar único en la Economía de la salvación. Esta oración muestra el carácter permanente de la plegaria de nuestro Sumo Sacerdote y, al mismo tiempo, contiene lo que Jesús nos enseña en la oración del Padre Nuestro³⁵. Su oración “sacerdotal” inspira, desde dentro, las grandes peticiones del Padre Nuestro: la preocupación por el Nombre del Padre (cf. Jn 17,6.11.12.26), el deseo de su Reino (la gloria; cf. Jn 17,1.5.10.24.23-26), el cumplimiento de la voluntad del Padre, de su designio de salvación (cf. Jn 17,2.4.6.9.11.12.24) y la liberación del mal (cf. Jn 17,15)³⁶. La oración de Jesús, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la Hora de Jesús llena los últimos tiempos y los lleva hacia su consumación³⁷.

Por último, cuando llega la hora de cumplir el plan amoroso del Padre, Jesús deja entrever la profundidad insondable de su plegaria filial, no solo antes de entregarse libremente («Padre [...] no mi voluntad, sino la tuya»: Lc 22,42), sino hasta en sus últimas palabras en la Cruz, donde orar y entregarse son una sola cosa: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34); «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 24,43); «Mujer, ahí tienes a tu Hijo [...]. Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,26-27); «Tengo sed» (Jn 19,28); «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mc 15,34; cf. Sal 22,2); «Todo está cumplido» (Jn 19,30); «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46), hasta ese «fuerte grito» cuando expira entregando el espíritu (cf. Mc 15,37; Jn 19,30)³⁸.

³⁵ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 2746.

³⁶ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 2750.

³⁷ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 2749.

³⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, Asociación de editores del Catecismo, Getafe 1992, núm. 1605.

Conclusión

A modo de sumario recogemos las conclusiones del trabajo:

1. En la «invocación» de la oración del PN el orante no sólo confiesa la bondad indiscriminada y la perfección del Padre, sino que retoma tanto el ejemplo de Jesús que ora de este modo, como toda su enseñanza sobre Dios Padre.

2. El análisis de la primera parte de la oración del PN nos muestra que las primeras tres peticiones recogen los elementos principales de la actividad de Jesús: primero, Jesús como Hijo revela a Dios (cf. Mt 11,25-27); segundo, Jesús anuncia y hace llegar el Reino de los cielos, que es el contenido del anuncio y de la actividad de Jesús (cf. Mt 4,17; 12,28); tercero, Jesús acepta la voluntad de Dios (cf. Mt 26,42), la pone en obra (cf. Mt 9,13; 12,7) y la manifiesta (cf. Mt 7,21-24). Estos elementos principales de la actividad de Jesús están insertados en la oración del PN y los oyentes de Jesús están llamados a convertirlos de tal modo en puntos de su interés (creer en esta actividad de Jesús es apropiarse de ellos) que imploren a Dios su realización.

3. Las otras tres peticiones del PN corresponden también a la perfecta enseñanza de Jesús y a los ejemplos de su vida. Con la misma confianza plena y filial de Jesús para con su Padre providente que da el alimento necesario a sus hijos, el orante implora el pan de cada día, sin preocuparse por el mañana (cf. Mt 6,18-34). Jesús es el hombre del perdón sin límites, que toma sobre sí la deuda nuestra y paga por ella con plena generosidad, sin pedir nada a cambio, y estando dispuesto incluso a disculparnos por nuestras deudas para con Él: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 26,34). Siguiendo sus huellas el cristiano aprende a perdonar todo, siempre y a todos. En Jesús el orante encuentra un modelo perfecto de lucha contra el maligno y sus seducciones para verse librado de ellas. Ante el ejemplo de lucha de Jesús en el desierto contra el tentador (cf. Mt 4,1-11), el orante siente la invitación de vigilar y orar para «no caer en la tentación» y así poder responder al maligno ante la tentación: «no tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4,7), arrojándolo fuera de su vida.

4. Como atestiguan diversos y abundantes episodios de la vida de Jesús, en su oración resuena la voz del Hijo orante, quien «vivió» esta oración y no solamente la enseñó a sus discípulos.

Summary: As the various and abundant episodes of the life of Jesus attest, in the Lord's Prayer that voice resounds, which is that of the praying Son, who not only taught this prayer to his disciples, but who "lived" this prayer in himself. This article seeks to deepen the meaning of the Lord's Prayer and to see that the example of Jesus praying in this way is to be found in this prayer, along with all his teaching about God the Father.

Sommario: Come diversi e abbondanti episodi della vita di Gesù attestano, nella Preghiera del Signore risuona la voce del Figlio orante, che ha "vissuto" questa preghiera e non solo l'ha insegnata ai suoi discepoli. Questo articolo cerca di approfondire il significato della Preghiera del Signore e di vedere come in questa preghiera ritorna l'esempio di Gesù, che prega in questo modo, così come tutto il suo insegnamento su Dio Padre.

Key words: Matthew 6:9-13, prayer, Our Father, Lord's Prayer, petitions in prayer, the meaning of prayer, the value of prayer.

Parole chiave: Matteo 6,9-13, preghiera, Padre Nostro, preghiera di Gesù, richieste nella preghiera, significato della preghiera, valore de la preghiera.